

la actitud de la condesa Tolstoy, vale recordar que en el día de su matrimonio que debió ser el más feliz de su vida, el destino le señaló una de las pruebas más duras y su corazón, entonces inocente, tuvo que ahogar en sollozos la ruina de todas sus idealidades y sus quimeras.

Después de ese día hasta su muerte sólo se atuvo a su deber y quizás si cumpliéndolo, por encima del juicio de sus contemporáneos y de la posteridad, con la noble satisfacción que puede otorgar una jornada bien hecha, ella encontró su mejor recompensa o la posibilidad tal vez de otra recompensa, porque pudo pensar en sus postreros años, como el poeta, que no todo ha de terminar cuando la farsa acaba.—A B E L V A L D É S A.

X-1932.

ENSAYO SOBRE EL MATERIALISMO HISTÓRICO

SEGUN la teoría que voy a exponer, es la vida económica, la organización y la actividad de los grupos llamados a producir y a repartir los medios de existencia, la que determina y forma la vida histórica en su conjunto; la política interior lo mismo que la política exterior, la religión lo mismo que el arte, el derecho lo mismo que la técnica. Casi no se trata aquí de saber en qué medida este principio es válido cuando se le confronta con los hechos de la historia, y hasta qué punto es posible ordenar en el tiempo y de una manera objetiva los acontecimientos y los estados de las cosas, de manera a reducir sus causas a condiciones de producción. No se trata, aquí, sino de analizar la estructura de esta doctrina del punto de vista de la teoría del conocimiento y de precisar el carácter de las hipótesis que han contruido a formarla, según el lugar que ellas ocupan en el orden de los diferentes medios que el entendimiento suministra para conocer la realidad.

Lo que el materialismo histórico parece ofrecer primeramente, es una explicación psicológica de los acontecimientos históricos, según un solo y mismo principio. Y si Marx afirma expresamente que el hambre en sí no constituye la historia, esto no niega que las condiciones de producción y de cambio no podrían bastar a hacerle, si el hambre, por el hecho de que hace sufrir, no estuviera allí como fuerza de impulsión. Es por esto que la designación de materialismo se presta a erro-

res. Es claro que la doctrina del materialismo histórico no tiene nada que ver con el materialismo metafísico; ella es compatible con toda opinión monista o dualista sobre la naturaleza de los hechos psíquicos. Materialismo no podría significar, pues, sino dependencia de la historia, en última instancia, de energías que no tienen nada de psíquico. Pero esto precisamente está en contradicción con el contenido mismo de la doctrina que da a la historia motivo eminentemente psicológico. Es cierto que las variaciones de contenido de la historia dependen de factores que se encuentran más allá del hambre, porque ésta, siempre y en todas partes la misma, no bastaría a explicar estas variaciones; sin embargo, se le podría comparar al vapor que pone en movimiento las máquinas, cualquiera que sea la diversidad de su construcción. Lo que hace la grandeza de la doctrina, es el deseo de mostrar, a través de los contrastes y las transformaciones de la historia, el resorte que por su simplicidad elemental tiene las cualidades requeridas para representar la unidad en el mecanismo tan complejo de la vida histórica. La doctrina de que hablamos no es otra cosa que una hipótesis psicológica. Las acciones exteriores de los hombres se explican por hechos psicológicos que se pueden reducir en último término al interés por la «producción y la reproducción de la vida inmediata». Sólo que el carácter hipotético de la doctrina está disimulado por el hecho de que la impulsión psíquica que le sirve a explicar los acontecimientos históricos es de una realidad incontestable, y ella parece extender este carácter de realidad sobre el sistema que hace derivar de esa impulsión. Y es precisamente en esta doctrina que pretende reproducir lo más exactamente la realidad, que se pueden constatar, paso a paso, las transformaciones sufridas por un hecho, que primeramente no era más que un simple dato, cuando él se somete a las exigencias y a las hipótesis teóricas y supra-teóricas de la autonomía mental. Pero reconociendo que el valor del método considerado es ilusorio del punto de vista de la teoría del conocimiento, no se le disminuye en nada el gran valor que él tiene en la práctica para las investigaciones históricas, revelando nuevas relaciones causales.

Después de haber constatado que el materialismo histórico, en vez de poseer la pretendida seguridad de un hecho psicológico no posee sino el valor de una hipótesis psicológica—lo que, por otra parte, lejos de disminuir su importancia, no hace más que aumentarla—queda por examinar otro hecho: el de la *elección* que esta doctrina ha hecho entre los factores que podrían figurar como móviles fundamentales de la historia. El

aspecto de la vida, tal como ella se presenta a nosotros, ofrece una confusión de series de intereses. Ellas se cruzan en la conciencia, en las relaciones de potencias y en sus manifestaciones exteriores, como los hilos de un tejido, cada uno de los cuales tuviera, es cierto, una continuidad, pero que aparecieran a la superficie de una manera fragmentaria para disimularse alternativamente bajo otros hilos. La realidad nos muestra un enredo inextricable de intereses económicos y religiosos, de organizaciones del Estado y de vida individual, de arte y de derecho, de ciencias, y de diferentes formas de matrimonio. De todo aquello nace lo que llamamos «historia». Sólo la continuidad de los hilos, cada uno de los cuales cautiva alternativamente el interés, en diferentes momentos de diferentes estados de la conciencia, permite perseverar en éste dilema, a saber, que «la historia universal» es un concepto imposible de realizar, que no pueden haber sino historias particulares, y que, sin embargo, por sobre estas historias particulares está la «idea» de «la historia como historia», del entrelazamiento, de la unidad de todas estas series en el tiempo y en el espacio. Esta unidad no la podemos aprehender de un modo inmediato, pero cuando nuestro espíritu se la representa bajo la imagen que nos ofrece la historia, ella cesa de ser para nosotros un amontonamiento de fragmentos incoherentes. El mérito del materialismo histórico, es el de haber añadido a este concepto apriórico de una unidad ideal, una nueva realización parcial y una prueba concreta: ha hecho ver que el desarrollo de los valores económicos y el de los valores ideales, que parecían diverger, convergen sin embargo en muchos puntos. Supongamos que tal convergencia se manifieste a través de todo el desarrollo histórico, y nosotros podríamos, en efecto, seguir el desarrollo completo de los contenidos históricos ateniéndonos al estudio de los valores económicos. Por medio de las leyes de correlación, todas las situaciones y todos los acontecimientos se revelarían como funciones de la vida económica, y ésta sería por definición el símbolo de la historia. Cualquiera que sea la importancia del hecho de haber considerado la posibilidad de tal conocimiento, es incontestable que si se le admite, se puede idénticamente atribuir a cualquiera otra serie de valores este rol fundamental que se ha hecho jugar a los valores económicos, por lo que concierne a la formación del conocimiento histórico. La historia de las formas de gobierno, la historia de las costumbres, la historia de la cultura intelectual o del derecho criminal, están relacionadas a todas las otras partes de la historia por una continuidad de relaciones, que, a decir verdad, no son a menudo más que indi-

rectas y variables; cada parte de la historia podría, pues, servir de base de conocimiento a la historia general. Es cierto que el materialismo histórico pretende que los acontecimientos económicos no son solamente el fundamento del conocimiento de la historia, sino también el fundamento *real*, la fuerza motriz de todos los otros fenómenos. Solo que, visto el cambio perpetuo de las diferentes categorías de acontecimientos, bien podría ser que no hubiera allí más que una ruptura dogmática y prematura en la serie de los hechos. Se nos dice, por ejemplo, que la gran industria, a consecuencia de la calidad de sus materias primas y las condiciones que regulan la venta de sus productos, no puede prosperar si ella debe servir una cantidad de pequeños Estados. Ellas sería la que habría creado la Alemania y la Italia, estos grandes Estados recientemente centralizados. Pero admitiendo que esta causalidad esté bien establecida, ¿qué decir de la Francia y de la Inglaterra, cuya unidad no puede sin embargo atribuirse a la gran industria? Tal vez esta unidad ha nacido en su tiempo, de causas económicas; sólo que una vez establecida, es ella la que por su parte ha favorecido el advenimiento de la gran industria, y esto por el mismo concurso de circunstancias que en otra parte parece haber determinado una causalidad inversa, y aun en este último caso, es el gran Estado, una vez establecido, el que a su vez ha dado nacimiento a las grandes industrias.

Puesto que estas reciprocidades de acciones se producen en un encadenamiento que se prosigue hasta el infinito y cuyo comienzo escapa a nuestro conocimiento, es arbitrario querer cortar la cadena en cualquiera de los anillos, designándolo como causa de todos los fenómenos ulteriores de esta serie, porque cada anillo de esta serie es naturalmente la condición de los anillos siguientes. Tomemos otro ejemplo de la literatura marxista. La teoría de Calvino sobre la predestinación sería la expresión del hecho de que en la concurrencia comercial, el éxito o la bancarrota no dependen de la actividad o habilidad del comerciante, sino de poderes de un orden superior que no conocemos; y esto sería especialmente el caso en esas épocas de trastornos económicos. Si esto es algo más que una broma, se le puede en todo caso interpretar de esta manera; una comunidad que ha llegado a convicciones fatalistas por razones de orden puramente religioso, tendrá una tendencia a dejarse llevar en todas las relaciones de la vida, incluso en las económicas, porque estará convencida de la inutilidad de toda previsión, de toda teología y de toda organización humana.

También si se considera la historia como un entrelazamiento

de series de acontecimientos que difieren por la calidad, el materialismo histórico posee, en efecto, medios para organizar el conjunto de los materiales históricos, tentativa que nunca se había hecho antes de él, y que le ha permitido reducirlo todo a un motivo único. Pero él comete desde el punto de vista del método, el más profundo de los errores cuando cree dar así una reproducción de la realidad. No solamente él confunde la imagen del acontecimiento, tal como ha sido estilizado en cierto modo por los intereses del conocimiento, con el acontecimiento tal como se ha efectuado en la realidad, sino que confunde un principio que tiene una importancia como principio eurístico, y que no debería ser aplicado desde luego sino, por así decir, a título de ensayo, con un principio constitutivo que sería establecido de inmediato y del cual fluirían todos los hechos. Nadie pretendería sostener que el motivo económico domina siempre en la conciencia de los hombres, aunque se trata de contenidos no económicos, y que sea él quien hace nacer esos contenidos en la conciencia; y nadie sabe lo que ocurre en el inconsciente y cómo se encadenan allí las causalidades. Así la sola interpretación posible que queda de la concepción del materialismo histórico, es que los acontecimientos ocurren *como si* este motivo dominara los hombres. Pero el hecho de que en la historia haya un encadenamiento entre los contenidos extrínsecos e intrínsecos, hechos sobre el cual el materialismo insiste precisamente, y este otro hecho de una alternancia de los contenidos que dominan la conciencia, estos hechos, digo, hacen concebir como todos los otros intereses no económicos podrían a su vez funcionar como principio eurístico. Es el gran mérito del materialismo habernos mostrado que a pesar de su heterogeneidad y de su hostilidad, las diferentes series que forman los intereses humanos están estrechamente ligados, cuando se trata de su realización y de su desarrollo histórico, pero es precisamente este gran mérito del materialismo el que hace perder a su motivo fundamental su lugar excepcional, y lo coloca como principio puramente eurístico—como principio según el cual los hechos de otras categorías pueden ser *valorados*—en el mismo rango que esas otras categorías que, ellas también, podrían servir de medida de evaluación. Desde el punto de vista metódico, la utilidad de esta ilusión consiste evidentemente en este hecho; que no es sino aplicando un principio de una manera absoluta y radical, como se pueden establecer con seguridad sus límites y su grado de validez, y el lado perjudicial y dogmático, al contrario, no puede desaparecer sino cuando tales principios son transformados en principios eurísticos. Sólo que si en lu-

gar de emplearlos como principios realistas se les usa de una manera más modesta, haciendo la restricción de que los hechos se presentan *como si* ellos pudieran ser substituídos por esos principios, se hace resaltar claramente que son las exigencias del *conocimiento* las que determinan la formación de la materia histórica y se desmiente así, de la manera más formal, una reproducción realista de las cosas que se haría al margen de las exigencias del espíritu.

Es cierto que el materialismo no acepta esta imagen de la vida histórica, concebida como un tejido que se constituiría combinando constantemente numerosos hilos ya coordinados por sí mismos. Para él, lo económico es al contrario la condición continua que, bastándose a sí misma, se desarrolla en la base fundamental de la historia, determinando todos los otros desarrollos; es la sub-corriente que no alterna con otras, pero que sostiene a estas en todo el largo de su curso; es el fenómeno histórico por definición, la «cosa en sí» del fenómeno histórico. No es sino a condición de admitir tal estructura que el materialismo histórico se hace posible; sólo que esta estructura constituye, una dificultad para la formación de la imagen histórica, porque ella introduce una metafísica en el mismo centro de la doctrina materialista. Si es verdad que los desarrollos de las costumbres y el derecho, de la religión y de la literatura, siguen la curva del desarrollo económico sin influenciar a esta última en su esencia, yo no veo bien cómo se producen las transformaciones de la vida económica. La invención de las armas de fuego, el descubrimiento de América, la producción intelectual, que caracterizan el fin de la Edad Media, no deben haber causado el paso de las condiciones económicas de la feudalidad a la de los tiempos modernos, sino, inversamente, serían las condiciones económicas de los tiempos modernos las que habrían exigido y creado esas extensiones intelectuales, técnicas y territoriales. Solamente ¿cómo es que los hombres no se contentaron jamás con el sistema de impuestos y con el vasallaje? Cada forma de producción debe ser en su origen absolutamente apropiada a su tiempo. Pero puesto que ese tiempo es *exclusivamente* determinado por esa forma de producción ¿cómo explicar que este acuerdo entre las formas y las fuerzas de producción se transforme más tarde en un desacuerdo? Si esos hechos extranjeros a lo económico no deben haber contribuído a cambiar la forma de producción, es pues necesario que cada etapa de lo económico saque de sí misma, y sin ser fecundada de otra parte, las fuerzas por las cuales se supere—¡una partenogénesis de las condiciones económicas!—Se explica la pura inmanencia

de este desarrollo por expresiones como éstas; las formas de producción de la época «sobreviven», nuevas fuerzas de producción se habrían «desarrollado», nuevas formas sociales estarían a punto de *nacer*. Pero todo eso no da más que palabras vacías de sentido, que no vale más que el hecho de hacer responsable a la «potencia del tiempo» de los cambios reales que se producen. Eso, casi equivaldría a decir que a cada época de la economía le sería atribuída de antemano una medida de fuerza vital que se consumiría gradualmente a sí misma. ¿Pero de dónde pueden venir, de una parte ese agotamiento de la economía y de otra esas tensiones crecientes y esas renovaciones, si las *reciprocidades de acción* de todos los otros factores históricos deben ser excluídas? Esto no parece explicarse sino por una metafísica secreta en la cual el «movimiento autónomo de la idea» continúa viviendo.

No se trata aquí de hacer una crítica estéril, sino de ver los argumentos que esta teoría «realista» de la historia puede ofrecer para refutar el realismo, porque cuando el realismo pretende que las ciencias históricas reproducen los acontecimientos «tal como se han producido en la realidad» comete un error tan profundo como el del realismo en arte, que cree copiar la realidad y no advierte hasta qué punto esta copia estiliza, en cierto modo, los contenidos de la realidad. Las ciencias naturales reconocen hoy que los hechos de la naturaleza no penetran tales cuales son en nuestra conciencia, que ellos no se vacían en ella como se pueden vaciar nueces en un saco, sino que la ciencia es un símbolo del ser primario, símbolo nacido exclusivamente de las formas del espíritu. En lo que concierne al acontecimiento tal como ocurre en el mundo de los hombres, parece sin embargo, que es difícil todavía comprender que su realidad no puede ser sino *vivida*, y que si esta realidad debe hacerse científica, es necesario que ella debe ser tomada bajo formas bien diferentes; bajo las formas lógicas y metafísicas que son propias del espíritu; pero estas no pueden hacer la historia sino presentando la vida bajo un conjunto de hechos que jamás han existido *así* en la realidad. Es posible que el materialismo histórico, precisamente a causa de la perseverancia que lo caracteriza en la búsqueda de su principio, no haga más que mostrar de una manera sorprendente, la metafísica que implica como cualquiera teoría histórica, porque la posibilidad de penetrar la influencia recíproca de *todos* los factores históricos no nos es dada, y mientras que ella sola podría hacernos concebir la verdadera unidad de la historia, toda imagen que nos es dado formar sobre el conjunto de los acontecimientos, sólo puede hacerse por una

construcción unilateral. Si nos es posible proseguir los desarrollos particulares de una gran época histórica a otra, no es menos cierto que eso sólo se consigue suponiendo los caracteres de conjunto de cada una de estas épocas. Como ya lo he hecho resaltar, una etapa tomada aisladamente en una serie, no hace jamás nacer absolutamente de ella misma la etapa siguiente, ella no puede hacerlo sino juntando su acción a las acciones de todas las otras series. Y cuando no obstante, siguiendo inevitablemente las leyes de nuestro conocimiento, nosotros construimos estas series como si ellas se bastaran a sí mismas, arribamos inevitablemente también al punto de vista de un desarrollo espontáneo de las series, y colocamos muchas veces en lugar de las fuerzas de impulsión que conducen una etapa a producir una nueva—fuerzas que viene del lugar que ella ocupa en la constelación del conjunto—impulsiones puramente interiores, que serían como *qualitates occultae*. Como en lo que concierne a la vida de los organismos se ha recurrido al argumento de una impulsión de desarrollo más o menos misteriosa, así en las exposiciones históricas se recurre, al menos para completar las reciprocidades de acción cuyas causas no podemos redescubrir, a transformaciones y desarrollos espontáneos, como si el sujeto representara una unidad replegándose en sí misma, y estuviera poseído de antemano de un cierto ritmo, ritmo de expansión y de decadencia, de afirmación y de aberración. Esta metafísica difícilmente puede ser constatada en cada uno de los casos, porque ella se manifiesta de una manera muy irregular y rudimentaria, y es un hábito simple del pensamiento histórico; pero es el materialismo histórico el que parece haber subrayado especialmente esta metafísica; porque concediendo a una de las series de acontecimientos un desarrollo autónomo, atribuyéndole una influencia sobre las otras series, sin que ella misma sufra la influencia de estas, reduce las diferentes formaciones históricas a no ser sino productos de una generación espontánea, a no poder derivar sino de una dirección de desarrollo que sería dada de antemano.

Pero hay en esta doctrina un punto de vista que ofrece ciertas afinidades con el principio metódico que acabamos de exponer. Toda nuestra crítica se dirigía, hasta aquí, hacia la ilusión del materialismo histórico, que le hace creer que representa una concepción realista, de la historia, mientras que no es sino una representación de la historia, estilizada por las solas exigencias de las categorías de nuestros conocimientos. Esto parece haber sido percibido por uno de los representantes de la doctrina, cuando afirma que ella se haya justificada *por el hecho de que*

el desarrollo histórico es otra cosa que el conjunto de la vida humana. El pretende que *todo* lo que nosotros vivimos no forma parte de la historia, porque ésta no trata sino de lo que es susceptible de desarrollo; y nuestra vida contiene, además, muchos factores constantes, tales como la procreación, el alumbramiento, la digestión, etc., los cuales no tienen historia. Evidentemente la inteligencia establece aquí una línea de demarcación en los hechos de la existencia. A cada instante los factores constantes y variables de la existencia constituyen una unidad indescomponible en la realidad. Es en los elementos constantes de lo corporal y de lo lógico, de las voliciones y de los sentimientos, de las impresiones sensibles y de las relaciones entre individuos, es en esos elementos constantes que para nuestro conocimiento no tienen «historia», que lo variable encuentra su substancia o sus accidentes; no se podría imaginar un estado al cual él pudiera advenir sin admitir esos elementos durables. Lo durable y lo variable, ambos en coordinación perfecta, construyen el momento particular. Este momento reabsorbe el elemento dado, como si este elemento fuera incontestablemente constante, sin que el hecho de que ha sido y será otro, entre en consideración; y por otra parte, ocurre a menudo que éste contenido que se repite siempre, sea experimentado como si él jamás hubiera sido vivido, como si nunca hubiera sido todavía reproducido en su acción y sus combinaciones. Y cuando el materialismo anuncia que sólo los elementos variables son el resorte de la historia, reconoce que la historia es una selección, y debe ver allí, inevitablemente, una nueva síntesis de los elementos de la realidad, porque de el momento que se hace exclusión de los elementos constantes, cuya combinación con los elementos variables constituye la realidad inmediata, es necesario que lo que resta sea combinado en conjuntos nuevos y apropiados a esta selección. Pero entonces, lo que ha sido formado de esta manera, viene a ser comparable a la obra de arte que sólo reproduce las impresiones de un solo sentido, y que no puede, por consiguiente, formar imágenes sino sirviéndose de relaciones *particulares a este sentido*; mientras que el *pendant* real de la obra de arte obtiene su unidad por toda una serie de otras relaciones. Esta manera de separar la historia, de la totalidad de los acontecimientos, y de construirla limitándose a los acontecimientos variables, es la ruptura más completa con el realismo simple, es la declaración de la soberanía absoluta de la categoría sobre la naturaleza. Y nosotros tendremos ocasión de profundizar este punto, leyendo por ejemplo, que «la concepción materialista de la historia no pretende reducir exclusi-

vamente a condiciones económicas, hechos como el que César no haya tenido hijos y haya adoptado a Octavio, que Antonio se enamoró de Cleopatra, o que Lépido fué un espíritu débil, sino que ella cree poder explicar la caída de la república romana y el advenimiento del Cesarismo». Ahora bien, tales contenidos históricos son ciertamente concepciones de conjunto, mientras que las realidades que les corresponden consisten en hechos aislados y determinados en sí mismos, hechos que la primera parte de la frase reconoce no ser explicables por la historia. Así, los acontecimientos particulares no aparecen como siendo de la historia, no lo llegan a ser sino cuando se sujetan a conceptos de desarrollo que hacen conocer la «variabilidad» de la serie. Es así como los hechos aislados adquieren un sentido que los hace distinguir como históricos, a condición de colocarse bajo la categoría de la «variabilidad», que no es implicada por ninguno de esos hechos particulares, pero que es una relación o una unidad creada por el espíritu del historiador como un *a priori* histórico.

Pero aquí, como siempre, la doctrina rebaja el valor de su principio metódico, no haciéndolo servir sino para un fin parcial. Este elemento variable, que por sí solo constituye la historia, es lo económico; excluyendo esta doctrina todos los otros, que, constantes en sí mismos, no varían sino cuando están sometidos a la influencia de éste. Tal aserción pone a plena luz hasta qué punto es arbitrario usurpar la directiva para la serie económica, cuando todas las otras series le están históricamente coordinadas. Es por esto que esta teoría me parece necesitar más una discusión psicológica que una discusión de hechos, y me parece indicado explicarla por el motivo no-teórico que sostiene toda la teoría materialista de la historia. Los representantes del materialismo histórico han sido inducidos, hasta aquí, a dar lo económico como contenido a las formas psicológicas, metafísicas y metódicas de su concepción de la historia, por la tendencia socialista y práctica. Y esto porque para una aspiración socialista, que como tal debe concernir a una gran masa, el interés económico es decisivo, porque no hay otro del cual se esté tan seguro de encontrar en cada elemento. Por un lado ésta es la razón por la cual la serie económica aparece al materialismo como siendo la que es, propiamente hablando, variable, porque la constancia que el factor económico posee como factor general entre los hombres, debe hacer resaltar con una nitidez extrema las variaciones de las formas particulares que él sueña. Tal vez no existe otro dominio de interés en que haya tan fuerte tensión entre la similitud general de los fenómenos y la

multiplicidad de sus formas y de sus contenidos. (A lo más se podría encontrar una analogía en el dominio de las relaciones entre los sexos, que ofrece una diversidad extraordinaria de combinaciones psicológicas, reposando todas sobre una base común. Solamente los tipos de formas en las cuales estas relaciones se cristalizan, no pueden ser comparadas en número con las de la vida económica). Por otro lado es fácil comprender que si la representación histórica se orienta según las tendencias de voluntad y de sentimiento, ella alcanzará su máximun de intensidad y por así decir su razón de ser, cuando éstas, según su esencia y su contenido, se dirijan al gran número. Cualquiera que sean las diferencias que distinguen los individuos entre sí, habrá siempre un interés económico cualquiera que les será común. Una aspiración de un carácter político y moral que concierne a la gran masa, se dirigirá fácilmente, salvo en materia religiosa, sobre valores de orden material. El interés económico es común al pasado y al porvenir, y es por eso que dada una tendencia política de un carácter práctico, con miras al porvenir y su formación desde el punto de vista económico, la teoría cuando se refiere al pasado, será llevada a ser regida por la misma idea. Esto explica por qué una historia que tiene por punto de partida una convicción democrática y socialista será construída desde el punto de vista económico. Por cuidado de la unidad y de la totalidad de la historia, será forzosamente la universalidad del interés material, a través de toda individualización, la que servirá de punto de unión al interés práctico basado sobre el «gran número» y a una estructura de la historia basada sobre los intereses económicos.

Se puede avanzar un grado más en la penetración de este conjunto. La intención exterior de este interés que concierne al gran número, es una igualación. Cualquiera que sea la energía con que el socialismo moderno recusa una automatización de los individuos, la eliminación de las ventajas y prerrogativas aportadas sea por el nacimiento, sea por ocasiones, sea por la acumulación de capitales, sea por remuneraciones diferentes por iguales cantidades de trabajo, deberá conducir a un nivelamiento de situaciones que es considerable si se le compara con lo que ellas son actualmente. Toda restricción hecha, este nivelamiento no deja de ser un factor de primer orden en el socialismo, como medio de propaganda y como expresión de uno de los sentimientos más fundamentales del valor en los hombres. Para ciertas naturalezas la igualdad será siempre un valor que se justifica por sí mismo, un deber absoluto, mientras que para otras es la observación de las distancias y grados lo que consti-

tuye un último valor; he aquí dos puntos de vista que no se pueden probar ni refutar, porque son determinados por una cualidad que forma la esencia de la personalidad. Ahora bien, lo que forma este punto de vista decisivo es que no se puede razonablemente aspirar a un nivelamiento sino sobre el dominio económico. En el dominio religioso o político, por ejemplo, la igualdad sería imposible de alcanzar, porque en el primer caso no es con instituciones que se le puede establecer, y en el segundo porque la necesidad de una dirección—a la cual el mismo Estado socialista no escaparía—la destruiría desde luego. Y si atendimos a otros dominios de la vida humana, por ejemplo al de la moral o al de la estética, o si consideramos el poder o la perfección de los individuos, o bien los destinos que dependen de oportunidades de un orden puramente personal, o bien, aun, la inteligencia y el temperamento; podremos ver que todos esos dominios desafían completamente toda tentativa de nivelar las diferencias personales. Sólo en el dominio de la producción y del consumo económicos son concebibles tales tentativas; en la primera por el hecho de la reunión de los medios de producción y por el medio de evaluación de todos los productos exclusivamente, según el tiempo de trabajo que en ellos se ha empleado, en el segundo por el hecho de que la tendencia comunista se añade a los principios de la primera. Aunque en su sentido más profundo el socialismo sea infinitamente más que un problema económico, porque concierne al hombre total y no solamente a un contenido particular de la vida, es necesario, sin embargo, que su factor de nivelamiento se limite a la situación material en las cosas esenciales y en la práctica. Por esta razón el socialismo que trata de realizarse en la práctica, tiende a una concepción materialista de la vida, determinada por lo económico. Para él, el sentido de la historia es orientarse hacia condiciones socialistas, y es por esto que la substancia de la historia, lo que propiamente hablando es «la historia», no puede ser otro que el complejo de intereses que ofrece un campo de acción y una razón de ser al nivelamiento social, esto es, el complejo de los intereses económicos. Vemos así como el materialismo histórico se eleva sobre todo lo que puede haber de grosero y sensual en el materialismo. Lo que lo caracteriza, es que trata de interpretar la historia por medio de formas lógicas según un sentido supremo y definitivo, y es tan radical en la persecución de ese sentido supremo, que la intervención de lo económico, de quien ha llegado a ser solidario por condiciones de hecho, le basta para decidir de lo que resalta del dominio de la historia. Pero por otro lado, al colocarse en este punto de vista, la ilusión del materialismo que lo hace

considerarse como la concepción más realista de la historia, como una concepción absolutamente libre de todo factor no-objetivo, se hace más sorprendente. Cuando se pretende que la manera cómo el materialismo considera la historia tiene por conclusión lógica el socialismo, como representando el porvenir que, por así decir, debe resultar infaliblemente de los cálculos que esta manera de ver permite hacer; esto no es sino la consecuencia o más bien dicho la inversión del hecho de que el deseo de realizar el socialismo en la práctica debe conducir a esa manera de considerar la historia. Es la soberanía de una idea de *valor*, que en razón de las relaciones que acabamos de explicar decide sobre lo que forma la historia; de donde aparece que la historia podrá orientarse tan solo a la realización de semejante valor.

Si ahora se considera el materialismo histórico bajo un cierto punto de vista, en efecto él es de esencia enteramente realista, especialmente en cuanto se opone a toda concepción «ideológica» de la historia, a toda concepción que atribuye a ciertas ideas la fuerza de poder determinar los acontecimientos, tales como libertad o felicidad, ennoblecimiento de los individuos o de la raza, ideal religioso o moralización de la vida. Toda causalidad que conduce el paso de un hecho aislado a otro, de acuerdo con leyes de orden psicológico o necesidades de orden natural, no representa, para esta metafísica, sino un fenómeno exterior, que por consiguiente no concierne en nada a la realidad absoluta. Todo hecho que se revela, se reduce por su misma esencia a esta última realidad de la idea, realidad que atraviesa e impregna la totalidad de las cosas y que toma las riendas, por así decir, con una majestad que la causalidad no sabría tener, siempre desprovista de fuerza por su definición misma. Pero para el materialismo histórico la relación es exactamente inversa. Si realmente los hechos siguen los cursos indicados por una de esas ideas, el agrupamiento de escenas que se formarían en conformidad con un sentido dado, lejos de representar en alguna forma la fuerza que determina cada uno de esas escenas o el momento de su aparición, no lo haría siquiera entrever. Según esta crítica, la ideología incurre en un error comparable al que se cometería queriendo probar que una imagen de un cinematógrafo, que según el sentido dado por la representación debe proceder la imagen que le sigue, es la causa que produce la aparición de la segunda. La causa reside, por el contrario, en el movimiento rotatorio del rodillo que permite la aparición sucesiva de cada imagen; mientras que el agrupamiento de esas imágenes según *un sentido ideal* o lógico no tendría la fuerza de producirlas en el

orden en que han aparecido. Es esta ilusión que hace a la idea tomar el lugar de la causalidad, la que el materialismo histórico quiere disipar, poniendo en evidencia las causas de una eficacia inmediata. La ideología confunde la causa y el efecto; toma por causa lo que no puede ser sino una *manifestación* última de la energía real. Si, para poner un ejemplo, la historia fuera realmente la realización creciente de la libertad, los grados progresivos de esta libertad no serían cada vez sino los *efectos* a que llegan, en último término, los acontecimientos reales. Dicho de otro modo, esta realización no representaría más que una idea sintética de esos acontecimientos, mientras que ellos serían los efectos de fuerzas mucho más concretas.

Pero concediendo que se puede oponer este argumento a ciertos errores metafísicos, no es menos cierto que el principio importante de esta crítica ha encontrado aquí también una aplicación errada: negar a la idea en tanto entidad, en tanto energía metafísica, una eficacia sobre la historia, no implica de ninguna manera que ella no pueda tener acción en tanto que hecho psicológico, ni implica tampoco que las fuerzas de impulsión que ejercen una actividad concreta, deban necesariamente ser de un orden materialista económico. El reino de Dios, considerado como objeto final de la historia, puede ser una ilusión, pero esto no le impide haber podido ejercer, en tanto que idea religiosa, los efectos más reales en la conciencia de ciertos hombres. A una oposición tal como la formada, de una parte, por la idea metafísica considerada como móvil de la historia, y de otra, por los cursos naturales de los acontecimientos históricos particulares debidos a causas naturales, el materialismo histórico substituye otra oposición: la impulsión dada por los intereses ideales, por un lado, y por otro las impresiones dadas a la historia por los intereses materiales. Cuando él considera como único elemento decisivo y eficaz en la historia el acontecimiento económico, comete un error de conclusión proveniente de un *quaternio terminorum*, es decir que él limita desde luego, en principio, la interpretación de la historia a causas concretas y empíricas, y en seguida él se cree autorizado a limitar estas causas a un dominio determinado de intereses, y esto por la única razón de que lo que elimina en el primer caso tiene de común con lo que elimina en el segundo, el nombre de «idea», olvidando que la «idea» tiene en el primer caso una significación abstracta de un carácter metafísico, mientras que en el segundo tiene una significación psicológica de un carácter concreto.

Tratando de precisar, así, el derecho y los límites de los derechos del materialismo histórico en lo que concierne a su con-

tenido, encontraremos algo de análogo en su método. Desde luego la ideología, en tanto teoría del conocimiento, es en verdad un realismo. La historia como ciencia, no se le ofrece como una formación de la realidad según las categorías de nuestro conocimiento—es para ella una reproducción del hecho tal como se produce en la realidad—. Sólo que esa «realidad» es una realidad espiritual de orden metafísico. La ideología que considera las ideas tales como ellas se reflejan de una manera adecuada en nuestro pensamiento, como siendo los factores positivos de la historia, es un materialismo que no difiere del materialismo histórico sino por el contenido que el da a la historia y no por el principio de su método.

Pero, en realidad el materialismo histórico no es de ningún modo tan naturalista como el pretende serlo. El establece una separación neta entre la historia y la totalidad de los acontecimientos de la vida, limita la posibilidad de una explicación histórica a los conjuntos de acontecimientos que pueden adscribirse a conceptos de un orden superior; partiendo del sentimiento del valor de los intereses económicos, escoge en el entrelazamiento complejo de las series de acontecimientos, la serie económica; le hace jugar el rol de una serie primaria, que haría en cierto modo fluir de sí misma las otras series. Y por todos esos medios efectúa la organización y la estilización de la *existencia* de manera de hacerla *historia*. El materialismo histórico es, pues, una ideología del conocimiento, no obstante el hecho, o precisamente a causa misma del hecho de que trata de eliminar la ideología de los acontecimientos. Busca el sentido que es necesario dar a la historia para que ella se adecúe a las categorías de nuestro conocimiento, orientándose hacia la búsqueda del sentido de la existencia. Pero a falta de una armonía preestablecida, la historia no puede tener ese sentido sino cuando esas categorías constituyen ellas mismas los materiales que servirán para formar la historia. El hecho de que el materialismo escoge, como contenido del sentido de la historia, valores materiales; que le atribuye lo que en cierto sentido hay de menos ideal; que además desconoce que esos valores materiales no podrían motivar la historia sino formando valores psíquicos, este hecho le ha impedido reconocer la idea como forma de la historia. Es por esto que está propenso a proclamar también para esta forma, un realismo que su procedimiento mismo desmiente.—
J O R G E S I M M E L .

(Traducción de J. Jeria).